LOS VERSOS DE CORDELIA

Así es la Rosa

Antología de poesía española



Primera edición en Los versos de Cordelia, septiembre de 2025

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia
www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º Pta. 13
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Edición © José Esteban, 2025

Cubierta: Detalle de *Rofen,* de *The New Herbal de Leonhart Fuchs* (1543)

IBIC: DCQ | Thema: DCQ
ISBN: 979-13-87599-11-9
Depósito legal: M-9097-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Así es la Rosa

Antología de poesía española

Edición y selección de
José Esteban



Índice

Las rosas en la poesía española 17
El primer libro español de jardines 32
Galdós y las rosas 37
Cancioneros y canciones populares 41

ASÍ ES LA ROSA 47
Poemas arabigoandaluces 47
Ben Jafacha El azahar y la rosa 49
Abu Bak Muhammad Ben Al-Qutyya La azucena y la rosa 50
Ben Al-Zaqqaq Las rosas 51
Garcilaso de la Vega Marchitará la rosa el viento helado 52
Anónimo Lindas son flores y rosas 54
Francisco de Borja Entra mayo y sale abril 55
Gutierre de Cetina Soneto 57
Isabel de Castro y Andrade Competencia entre el sol y la rosa 58

Eugenio Salazar ❀ Vidrio de rosas 59
Fernando de Herrera ❀ Rosas insensibles 61
Miguel de Cervantes ❀ Se vuelven flores 63
Matías Ginovés ❀ Jardín 65
Luis de Góngora ❀ Esperando están la rosa 70
❀ Alegoría de la brevedad de las cosas humanas 75
Lope de Vega ❀ A una rosa 79
❀ Canciones de San Juan 81
Luis Martín de la Plaza ❀ Fresca rosa 83
Francisco López de Zárate ❀ Rosa triunfante 84
Francisco de Quevedo ❀ A un rosal 85
Francisco de Rioja ❀ A la rosa 87
❀ A la rosa amarilla 89
Fray Jerónimo de San José ❀ El ruiseñor y la rosa 91
Francisco de Satas ❀ A la rosa 92
Jerónimo de Cáncer y Velasco ❀ A una rosa deshojada 93
Juan de Salinas ❀ El que eligió el jazmín 95
Pedro Calderón de la Barca ❀ Estas que fueron pompa y alegría 97
Salvador Jacinto Polo de Medina ❀ La rosa 99
❀ La maravilla 101
❀ Una rosa maltratada de un gusano 103
Pedro Castro Anaya ❀ No pises, no; detén el pie de nieve 105
❀ La rosa en los cristales de una fuente 106

Antonio Solís y Rivadeneira ❀ A la rosa 107
Miguel Colodrero de Villalobos ❀ Al deshojar una rosa en una fuente 108
Agustín Salazar y Torres ❀ Celebra la brevedad de la vida de una rosa 110
❀ Con moralidad de la rosa, escribe haciendo donaire 112
Sor Juana Inés de la Cruz ❀ A una rosa 114
Funes y Villalpando ❀ Rosas y estrellas 116
Francisco de Satas ❀ A la rosa 117
POESÍA NEOCLÁSICA Y ROMÁNTICA 119
José Iglesias De La Casa ❀ La rosa de abril 121
Juan Meléndez Valdés ❀ A las abejas 123
❀ De los labios de Dorila 125
Anónimo ❀ Más hermosa eres que el sol 127
❀ Que la llevaba mi amor 128
Nicasio Álvarez Cienfuegos ❀ Precio de una rosa 129
Manuel José Quintana ❀ [En el álbum de una señorita] (fragmento) 132
Duque de Rivas ❀ Ante una rosa 133
José de Espronceda ❀ Rosa deshojada 135
Antonio de los Ríos Rosas ❀ La rosa 137
José Cornelio Díaz ❀ A una rosa 138
Ramón de Campoamor ❀ Rosas y fresas 139
Carolina Coronado ❀ La rosa blanca 140

Federico Balart ❀ Mujeres y rosas 141
José Martí ❀ Cultivo una rosa blanca 145
Gustavo Adolfo Bécquer ❀ ¿Como vive esa rosa que has prendido…? 146
Vicente Querol ❀ Canción a la rosa 147
Manuel Reina ❀ La rosa y el ruiseñor 151
Leopoldo Díaz ❀ Agonía de las rosas 152
José Asunción Silva ❀ El alma de la rosa 155
❀ Viejo rosal 158
POESÍA MODERNA 160
Rubén Darío ❀ Balada de la sencillez de las rosas perfectas 163
❀ Soneto autumnal al marqués de Bradomín 117
Anónimo ❀ Toma esa rosa encarnada 166
❀ Eres la rosa de abril 167
Hermanos Álvarez Quintero ❀ La rosa del jardinero 168
Manuel Machado ❀ Pregón de las flores 170
Leopoldo Lugones ❀ El amor eterno 173
Francisco Villaespesa ❀ Oración (fragmento) 174
❀ Rosales lunáticos 175
❀ La canción de la rosa 177
Enrique de Mesa ❀ Hay una flor en el valle… 178
Juan Ramón Jiménez ❀ Rosas 180
❀ La única rosa 182

Rosas devueltas 183
Felipe Sassone Rosario de amor y de dolor 184
José María López Picó La rosa 186
Ramón del Valle-Inclán Rosa de Alejandría 187
Salvador de Madariaga El rosal 188
Rosal 190
Siete rosas 191
José Moreno Villa El rosal triste 192
Arturo Capdevila Con las últimas rosas 194
Canción de la rosa y el jazmín 197
Pedro Salinas La rosa pura 198
Fe mía 201
Alfonsina Storni A una rosa 202
Jorge Guillén La rosa 203
José Bergamín Pura, encendida rosa 204
Gerardo Diego La asunción de la rosa 205
Federico García Lorca La rosa mudable 206
Casida de la rosa 208
Oración por las rosas (fragmentos) 209
Juan José Domenchina Epitafio de la rosa 211
Dámaso Alonso Aquella rosa 212
Jorge Luis Borges Una rosa y Milton 213
María Settier El soneto de la rosa 214
Pablo Neruda Oda a la rosa 216

Guillermo Díaz Plaja ❀ Rosa 222
Emilio Ballagas ❀ Pobre rosal del corazón 224
Eduardo Carranza ❀ Soneto a la rosa 226
José Matía Alonso Gamo ❀ Desmayada la rosa va en el agua 228
Stella Sierra ❀ Perfección de la rosa 230
Gastón Baquero ❀ Soneto a la rosa 232
Sagrario Torres ❀ Las rosas del cementerio 234
Eugenio de Nora ❀ Canción de la rosa 236



Y en un vaso, olvidada,
se desmaya una flor

RUBÉN DARÍO

Las rosas en la poesía española

La rosa es sin porqué,
Florece porque sí,
No merced a su fe.
No hay rosa zahorí.

JORGE GUILLÉN
Homenaje

Vámomos a coger las rosas.

LOPE DE VEGA

Vamos a ver la rosa…

RONSARD

ÁLVARO CUNQUEIRO sostenía que los poetas que mejor han cantado a la rosa son aquellos cuyo apellido comienza con R: Ronsard, Rioja, Rilke. ¡Atrevida afirmación!

Quizá para contradecirle, el sabio catedrático don José Manuel Blecua entretuvo sus ocios eruditos recopilando *Las flores en la poesía española* (Editorial Hispánica, Madrid, 1944), selección sustanciosa y atractiva, a la par que deleitosa. Tres cosas dice en el prólogo, como clara lección de retórica, que el verso debe tener para que lo sea de verdad: el perfume de la flor, la perfección de la rosa y el encanto del canto del pájaro.

Las flores aparecen muy pronto en la poesía española. Quizá en el primer poema amoroso que se conoce, *La razón d'amor*, el anónimo poeta cuenta una escena de singular encanto. La enamorada pasea por una especie de vergel:

De las flores viene tomando,
en alta voz de amor cantando.
E decía: «¡Ay, meu amigo,
si me veré yomás contigo!».

De entre todas las flores, muy en particular en estas páginas se saluda a las rosas al alba, como hacía el gran Ronsard:

¡Vamos a ver la rosa
que esta mañana ha abierto
su traje de púrpura al sol!

Este poema bien podría llamarse también «Vamos a cortar la rosa», como cuenta un poeta castellano anónimo:

Fui cortar la rosa
Rosa y viña, peral y habar,
malo es de guardar.

Levantéme, o madre,
mañanita frida;
fui cortar la rosa,
la rosa florida.
Malo es de guardar.

Levantéme, o madre,
mañanita clara:
fui cortar la rosa,
la rosa granada.
Malo es de guardar.

Muy pronto se choca con Villasandino, aquel juglar que por los caminos solicitaba una limosna:

Vuestra vista deleitosa
más que lirio nin que rosa
me conquista.

Y con Gil Vicente:

En el mes era de abril,
de mayo antes un día,

cuando lirios y rosas
muestran más su alegría…

Y, ¡cómo no!, con Cervantes:

¡Del campo son y han sido mis amores!
¡Rosas son y jazmines mis cadenas!

Y con Francisco de Figueroa:

Quien ve las blancas y hermosas rosas
de mano virginal recién cogidas,
y con diversos tallos retejidas
guirnaldas hacen bellas y olorosas.

Pero hay que llegar al barroco para encontrar las flores más bellas que ha producido la poesía española. «Y ha de ser la rosa, ese ruiseñor de las flores, quien se lleve la palma en competencia con las demás», en palabras de José Manuel Blecua. Y en ese período se encuentran las más bellas composiciones posibles dedicadas a comparar la brevedad de la vida con la brevedad de las rosas. Y ahí están, por ejemplo, «Aprended, flores, de mí», de don Luis de Góngora; los magníficos sonetos de Lope, las encantadoras silvas de Rioja, «un

verdadero caballero de las rosas», y la retórica calderoniana de «Estas que fueron pompa y alegría…».

Fue Rioja (y aquí acierta Cunqueiro) el que llevará las rosas a su verdadero poético esplendor:

> Pura, encendida rosa;
> ¡Oh, en pura nieve y púrpura bañado
> jazmín, gloria y honor del cano estío!

A Rioja y su sentimiento por las flores, dedicó unas páginas el erudito Pedro Henríquez Ureña. Su rasgo más personal dice, es «el sentimiento apasionado, fino y ardiente, de la vida maravillosa y efímera de las flores».

El sentimiento de las flores es uno de los más antiguos en el arte. «A los ojos del hombre anterior a la historia, la flor hubo de aparecer como la primera y desconcertante expresión estética de la naturaleza: expresión estética porque es desinteresada, inútil al parecer, serena en su mismo desamparo». Así la flor, gala tardía de la primavera, derroche inexplicado de forma y color, aparecía ante el hombre, como pura creación estética, como modelo de la belleza.

Los temas de la poesía de Rioja no fueron otros que los tópicos de la vida retirada y la brevedad de la vida humana. Pero al fin el limitado poeta que fue Rioja encontró su camino: comenzó comparando



Detalle de *Las rosas de Heliogábalo* (1888), de Lawrence Alma-Tadema.

la vida de los hombres con la de las flores, como en el soneto «Pasa, Tirsis cual sombra incierta y vana…» o en la silva «Al verano»:

¿Y tú la edad no miras de las flores?

Después se interesó más en la flor que en el hombre, y este interés se hizo sentimiento patético: el poeta llegó a olvidar el tema humano y a cantar solo la maravilla efímera de las flores.

«En la poesía de Rioja, especialmente en las silvas "A la rosa" y "A la rosa amarilla", el amor a las flores se vuelve pasión y le inspira sus mejores versos, los más originales», termina diciendo el crítico dominicano.

¡Y esto purpúrea flor, y esto no pudo
hacer menos violento el rayo agudo!

Para los otros poetas, la flor es elemento decorativo en los madrigales o en las innumerables glosas del *Carpe diem*, o elementos de color, como en los deliciosos juegos cromáticos de Góngora, o en la *Fábula del Genil*, de Pedro de Espinosa; o bien sirve al simbolismo de la brevedad de la vida la hermosura fugaz, de que son ejemplos la decadencia de Lope, el conocido soneto de Calderón «Estas que fueron pompa y alegría…» y el admirable de sor Juana Inés del Cruz, «Rosa

divina que en gentil cultura». Para Azorín, siempre en busca de la simplicidad más poética, uno de los versos más hermosos de la poesía española era el de Garcilaso, el blanco lirio y colorada rosa. Por qué no añadir: «Marchitará la rosa el viento helado», también de Garcilaso.

Pero con perdón del sabio catedrático y de la suma belleza de la inigualable poesía barroca, sobresale el encanto, el primitivo color y olor de las primeras y sencillas composiciones, que en su anonimato y humildad aportaron las primeras rosas poéticas:

DENTRO, EN EL VERGEL
Dentro en el vergel
moriré.
Dentro en el rosal
matarm'han.

Yo *m'iba*, mi madre,
las rosas coger;
hallé mis amores
dentro en el vergel.
Entro del rosal
matarm'han.

DEL ROSAL SALE LA ROSA
Del rosal sale la rosa.
¡Oh qué hermosa!
¡Qué color saca tan fino!
Aunque nace del espino
nace entera y olorosa.
Nace de nuevo primor
esta flor.
Huele todo desde el suelo
que penetra hasta el cielo
su fuerza maravillosa.

Y cómo no con la gracia del apreciado y querido Gil Vicente:

DEL ROSAL VENGO, MI MADRE
Del rosal vengo, mi madre,
vengo del rosale.
A riberas de aquel vado
viera estar rosal granado:
vengo del rosale.
A riberas de aquel río
viera estar rosal florido:
vengo del rosale.

Viera estar rosal florido,
cogí rosas con sospiro:
vengo del rosale.
Del rosal vengo, mi madre,
vengo del rosale.

Y este otro delicioso:

CANTOS DE AMORES
¿Cuál es la niña
si no tiene amores?
Cogía la niña,
la rosa florida;
el hortelanico
prendas le pedía,
si no tiene amores.

Y con gran sentimiento generoso, conviene la compañía del no menos delicioso marqués de Santillana:

FRESCA COMO ROSA...
Más vi la fermosa
más vi la fermosa

de buen continente,
la cara placiente,
fresca como rosa,
de tales colores
cual nunca vi dama
nin otra, señores.

En una temprana poesía de Antonio Machado aparece Paul Verlaine. Es en la dedicada «Al maestro Rubén Darío», escrita en 1904, pero incluida en *Campos de Castilla*:

Ese noble poeta que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño de Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia…

Y don Antonio Machado, en su «Retrato», no se olvidó de Ronsard:

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard.

SOLO A UN VERDADERO mequetrefe, como Giménez Caballero, pueden emocionarle más las berzas que las rosas. «A mi las berzas me emocionan más que las rosas. Las berzas —además de su belleza especial que tan bien comprendo— son un alimento sulfatado riquísimo», escribe en su obra *Carteles*.

Las coles le evocaban capiteles románicos. «A ciertas horas, un repollo tiene luces de copas florentinas; púrpuras venecianas; oros grises de Leonardo», reflexiona en *Madrid nuestro*.

Quizá para contradecirle, Álvaro Cunqueiro recordaba en su hermoso artículo «Al alba con rosas» un poema de la gran generación del 27, aquello de la rosa, «clausura / primera de la armonía / émula de las llamas». (Poema de Jorge Guillén, aunque citado de memoria). Y dio noticia de aquel muy famoso discurso «aunque muy retórico y muchas veces vacuo», que a comienzos de este siglo XX, en una de las más bellas rosaledas de Francia, la de l'Haÿ-les-Roses, en las cercanías de París, del exquisito y fatuo Robert de Montesquiou, el amigo de Proust y quizás en alguna ocasión su modelo en delicadezas, pronunció en honor de las rosas. En primera fila estaban las duquesas de Francia, las princesas de Italia, las grandes duquesas de Rusia: «¡Solamente la rosa es bella, mesdames! —comenzó el conde».

El cardenal Schuster dice en su *Liber Sacramentorum* que, para los germanos, primero fue la rosa roja, pero los persas creen que la primera rosa fue blanca, rosa blanca que fue llevada a la cámara de

un príncipe y colocada en un vaso azul. El príncipe, un joven cazador, comenzó a desnudarse para meterse en el lecho y, a la vista del hombre desnudo, la rosa se ruborizó. Fue la primera rosa roja.

Y cómo olvidar los dos versos juanramonianos «no la toques ya más / que así es la rosa».

En el delicioso y apasionante libro de Oswaldo Díaz Ruanova *Los existencialistas mexicanos*, publicado en México en 1982 por la editorial Rafael Giménez Siles, se lee:

> Fue Zubiri quien un día, caminando por el paseo de Recoletos, se detuvo con don José Gaos ante un jardín para explicarle el noema[1] de la rosa, la noesis[2] de la rosa; para hablarle de su perfección, de su belleza, de su efímera duración. ¡Siempre la finitud de las cosas simples y bellas, finitud que recuerda el poema de Malherbe a su hija muerta: «Rosa, has durado lo que duran las rosas: el espacio de una mañana». Acaso la mejor definición de la rosa sea la de Rilke para su epitafio:
>
> «Rosa, pura contradicción,
> ser el sueño de nadie
> debajo de tantos párpados».

[1] «Especialmente en la fenomenología, conjunto de lo que se piensa condicionado por la noesis». *(Diccionario de uso del español)*.

[2] «Especialmente en la fenomenología, percepción intelectiva que configura el noema». *(Diccionario de uso del español)*.

En la emocionante novela de Pío Baroja *Zalacaín el aventurero*, tan querida por mí desde mi muy lejana adolescencia, hacia sus páginas finales aparecen tres rosas: «Las tres rosas del cementerio de Zaro». «En Zaro —cuenta el novelista— hay siempre un silencio absoluto». Y en el reloj de sol de la torre de otro pueblo vasco, en Urruña, se lee escrita esta triste sentencia: «Todas hieren; la última, mata». Y en el cementerio de Zaro, «alrededor de la iglesia, entre las cruces de piedra, brillan durante la primavera rosales de varios colores, rojos, amarillos, y azucenas blancas de aspecto triste». Y, entre los rosales, «en el cementerio de Zaro, hay una tumba de piedra y en la misma cruz, escrito con letras negras dice en vasco:

AQUÍ YACE
MARTÍN ZALACAÍN
MUERTO, A LOS
24 AÑOS
EL 29 DE FEBRERO DE 1876.

También en el cementerio de Zaro, muchos, muchos años después de terminada la guerra, se vio entrar en un mismo día a tres viejecitas vestidas de luto.

Una de ellas se acercó al sepulcro de Zalacaín y dejó sobre él una rosa negra; otra, viejecita también, dejó una rosa roja. Por último,

Catalina, la que fue su esposa, «que iba todos los días al cementerio, vio las dos rosas en la lápida de su marido y las respetó, y depositó una rosa blanca».

«Y las tres rosas —afirma Baroja— duraron mucho tiempo lozanas sobre la tumba de Zalacaín»[3].

Y así, Baroja da fin a su novela, en 1937.

El primer libro español sobre jardines

Vivía en Madrid, a finales del siglo XVII, un clérigo llamado Gregorio de los Ríos, de quien, quizá debido a su modestia, poco o casi nada se sabe. Únicamente lo que cuenta en el prólogo a su libro *Agricultura de jardines* el académico Agustín G. Amezúa. Desde muy niño, dice, sintió una gran afición a los jardines; tanto que cuando volvía de sus clases, «se entraba en uno de ellos —no menciona cuál— y

[3] Un versolari improvisó un epitafio para el aventurero y el poeta navarro Juan de Navascués glosó el epitafio en esta décima castellana:

Duerme en esta sepultura
Martín Zalacaín, el fuerte.
Venganza tomó la muerte
de su audacia y su bravura.
De su guerrera apostura
el vasco guarda memoria,
y aunque el libro de la historia
su rudo nombre rechaza,
¡caminante de su raza,
descúbrete ante su gloria!

allí cultivaba plantas y hacía distintas pruebas hasta conocer y asegurarse de lo que convenía a cada una». Se ordenó de presbítero, pero sus nuevas obligaciones no le hicieron olvidar su ingénita inclinación a la floricultura. Terminó, así, siendo un experto y hábil en su cultivo.

Sus gustos —se añade en ese mismo prólogo— lo llevaron a la predilección y exclusividad de las plantas de jardín, olvidándose de las medicinales, labor más propia de herbolarios, «porque en los jardines no se quieren plantas medicinales, a fin de que no los ahoguen».

No es inverosímil que la fama de botánico del humilde clérigo llegase a Felipe II, porque de repente fue nombrado, por cédula real expedida en Aranjuez, capellán de la Casa del Campo, uno de los jardines preferidos por Felipe II, que fue aficionado a las flores.

La cédula razonaba el nombramiento no solo «por la buena relación que se me ha hecho de la virtud y exemplo de Gregorio de los Ríos, clérigo presbítero», sino, además «por la experiencia que tiene de cosas de plantas y jardines».

Tal nombramiento debió servir de acicate y estímulo para que el ya flamante capellán prosiguiera sus estudios e iniciara la composición de su libro.

Dedicado, no podía ser menos, al rey don Felipe, no hace mención alguna de la pasión del monarca por flores y jardines.

La obra del humilde clérigo conserva hoy el honor de haber sido el primer libro publicado no solo en lengua española, sino en otra cualquiera europea, en esta materia de las flores. Consciente de ello, él mismo escribe como prefacio a su obra: «Y teniéndose en consideración a que los que han escrito de agricultura, y naturaleza y propiedad de los árboles y hierbas jamás han tocado este particular de la población de los jardines, ni de la conservación de las plantas y verduras que en ellos se ponen, podré decir con razón ser yo el primero que escribe desta materia». E insiste en ello al final de la obra, contento por «dar principio a materia en que nadie ha escrito hasta hoy».

No dejaba de tener razón. Mucho se había escrito de plantas y huertas; pero era sobre las medicinales, raras y exóticas de las Indias, pero ni en la obra capital y famosísima de Alonso de Herrera, *Agricultura general*, ni en las de Andrés Laguna y en otras se había tocado este punto especial de los jardines y las flores cultivadas en ellos[4].

Es, pues Gregorio de los Ríos para G. Amezúa «el patriarca e iniciador en las prensas del mundo del arte de la jardinería». Es decir, del cultivo estético de las flores[5].

---

[4] Únicamente Nicolás de Monardes disputa a Gregorio de los Ríos esta prioridad. En su libro en latín *De rosa et partibus ejus* (Amberes, 1551), el ilustre farmacólogo sevillano estudia las rosas en su puro y estricto valor medicinal. Olvidando su cultivo estético y su presencia en el jardín. También Lorenzo Palmerino, en su *Vocabulario del humanista* (Valencia, 1569), trató de las flores, pero solamente con la enumeración simple y semántica de ellas.

[5] Después de él vendrá el famoso canciller Francisco Bacon, con uno de sus *Ensayos*, el XLVI titulado *The Garden*, de 1625, y algunos otros.

Poemas arabigoandaluces



Ben Jafacha
[De Alcira]
(1058-1138)

El azahar y la rosa

Ensartamos nuestras rimas como un collar en honor del que
[presidía la tertulia,
en una casa a cuyo cobijo arrastramos el manto de la gloria.
Los luceros brillaron allí vivos como brasas; la noche exhalaba
[ámbar gris.
Nos perfumaba el azahar fragante, entreverado con la rosa,
como una blanca boca dulce que sonriese besando una mejilla.

Abu Bakr Muhammad Ben Al-Qutiyya
[Cortesano de Mutadid de Sevilla]

La azucena y la rosa

Bebe el vino junto a la fragante azucena que ha florecido, y forma de mañana su tertulia cuando se abre la rosa.

Ambas parecen que se han amamantado con las ubres del cielo, y que aquella mamó leche, y esta sangre.

Son dos amigos, de los cuales aquel se rebeló contra el alcanfor, rey de la blancura, y este desobedeció al granate, rey de lo rojo, y con razón.

La una es como un blanco idolillo expuesto ante el que pasa; la otra, como la mejilla abofeteada en la triste mañana de la separación.

O si lo prefieres, aquella es un manojo de tubitos de plata, y esta, una brasa cuyo rescoldo atizó e inflamó el viento.

Ben Al-Zaqqaq
[De Alcira]
(Hacia 1135)

Las rosas

Las rosas se han esparcido en el río, y los vientos, al pasar,
[las han escalonado con su soplo,
como si el río fuese la coraza de un héroe, desgarrada por la lanza,
[y en la que corre la sangre de las heridas.

Edición de Emilio García Gómez, 1940

Garcilaso de la Vega
(1503-1536)

Marchitará la rosa el viento helado

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar, ardiente, honesto
enciende el corazón y lo refrena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello, blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.

Anónimo

Lindas son rosas y flores,
más lindos son mis amores.

Cancionero sevillano, folio 154

Francisco de Borja, príncipe de Esquilache
(1510-1572)

Entra mayo y sale abril

Entra mayo y sale abril,
¡cuán floridito le vi venir!

Venga el mayo verde,
váyase el abril,
que dexó los campos
a medio vestir.

Sus prisiones rompan
la rosa y jazmín
que el soplo agradecen
de viento sutil.

Vístanse las flores
blanco y carmesí,

manto de esmeralda
y rojo el perfil.

Entra mayo y sale abril,
¡cuán floridito le vi venir!

Gutierre de Cetina
(1514-1517?)

Ni por mostrarse blanda ni piadosa
la imagen que en el alma Amor me sella,
ni porque ceda a su color más bella
el blanco lirio y la bermeja rosa,

ni por mostrarse fiera y desdeñosa,
ni por fingir de mí falsa querella,
ni por estar presente o nunca vella,
ni por estar contenta ni quejosa,

mi alma se verá que de otro fuego
arda jamás, ni que se borre un punto
la imagen que ya en ella está esculpida.

Tan dulce hizo Amor el nudo ciego
que no puede amargar, si todo junto
fuese de ajenjo el resto de mi vida.

Isabel de Castro y Andrade, condesa de Altamira
(1516-1595)

Competencia entre la rosa y el sol

Púrpura ostenta, disimula nieve,
entre malezas peregrina rosa,
que mil afectos suspendió frondosa
y mil donaires ofendió por breve.

Madre de olores a quien ambas debe
lisonjas, no por prenda de la diosa,
mas porque a los aromas deliciosa
lo más sutil de los alientos bebe.

En prevenir al sol tomó licencia:
sintiolo él, que, desde un alto risco,
sol de las flores halla que le incita;

mirola al fin ardiente basilisco,
y ofendido de tanta competencia,
fulminando veneno la marchita.

Eugenio Salazar
(1530-1602)

Vidrio de rosas

¡Oh lozanico vaso vidrioso!
¡Oh agua clara, fresca, dulce y pura!
¡Oh rosas delicadas, en quien dura
un ser suave, lindo y oloroso!

El claro cielo, empíreo, glorioso,
¡oh limpio vidrio!, en ti se me figura,
y en esa tu agua dulce la dulzura
que hinche aquel lugar tan deleitoso.

Las coloradas rosas, que en ti veo
las gloriosas almas representan
que gozan del bien sumo y alegría.

Divinas esperanzas me sustentan:
Padre del cielo, ¡cumple mi deseo!
¡Que sea rosa tal el alma mía!

Fernando de Herrera [Atribuido]
(1534-1597)

Rosas insensibles

Rosas de nieve y púrpura vestidas;
coral rojo en marfil resplandeciente;
estrellas que ilustráis la pura frente;
en oro fino hebras esparcidas;

pues mi dolor y penas encendidas
el duro pecho vuestro no consiente,
o sois de humana suerte diferente,
o estáis en blanca piedra convertidas.

Y aunque ensalzado está en divina alteza,
premio de vuestra eterna hermosura,
por vos está obligado a más terneza.